

Que, hallando el cerco mundanal, estrecho,
 Asciendan a beatíficas regiones;
 Que, árbitros de mi suerte,
 Por senda me conduzcan escondida,
 Enseñándome el arte de la vida,
 Y la ciencia profunda dé la muerte!

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Bogotá, 1.º de enero de 1915

CRONICA DEL COLEGIO

Las fiestas del Colegio del Rosario tienen un sello de aristocrática grandeza y de severo buen tono, que distingue exteriormente nuestro claustro y es revelador de su espíritu.

El 20 del pasado marzo se verificó la recepción de los nuevos colegiales. Son ellos los señores

Don Domingo Torres Triana, B. A., a quien otorgó la primera beca el Excelentísimo Señor Presidente de la República, en su calidad de Patrono del Colegio;

Don Manuel José Pabón, B. A.,

Don Pedro Ramírez Toro, B. A.,

Don José María Lozano, B. A.,

Don Manuel Serrano Blanco.

Don Carlos Alzate,

Don Francisco Ocampo, B. A.,

Don Guillermo Jaramillo,

Don Pedro Martín Quiñones, B. A.,

Don Lisandro Orjuela, B. A.,

quienes recibieron la beca por resolución de la Consiliatura, previo concurso en que salieron vencedores.

Allí no ayudan a la solemnidad de la fiesta las exterioridades acostumbradas en otras ocasiones: ni música, ni concurso numeroso de damas y caballeros, ni flores, ni adornos. Y, sin embargo, el alma experimenta allí las emociones más dulces; se respiran aires de

otros países y otras épocas: Salamanca y Bolonia, Oxford, Heidelberg, la Sorbona de los viejos tiempos. Reviven las memorias coloniales, los recuerdos de la Expedición botánica, las glorias de la magna guerra, los méritos de los fundadores de Colombia.

A las ocho de la noche entrámos a la aula máxima, profusamente iluminada. Es un amplio salón, dividido a lo largo en dos naves, por elegante arquería sostenida en columnas esbeltas. Los muros están cubiertos de retratos de rectores, de cuerpo entero con negros talares y la beca blanca cruzada sobre el pecho. En un costado, en puesto de honor, la imagen de la Virgen del Rosario; en el frontero, la efigie de Santo Tomás, maestro de los maestros del Colegio. Bajo el dosel rectoral, el clásico retrato del Fundador, debido a los pinceles de Caballero; enfrente don José Celestino Mutis, introductor de la moderna cultura en nuestra patria.

En la nave opuesta, dando frente al asiento del Rector, están en largas filas los ciento cincuenta alumnos internos, convictores y oficiales, con uniforme y escudo. Los colegiales ya recibidos ocupan su puesto, al pie de la Virgen, en un largo sofá que perteneció al Libertador Bolívar. En el extremo de la nave derecha se hallan muchos catedráticos y doctores del claustro y una veintena de caballeros, invitados al acto por los nuevos colegiales. En el resto del salón, vacío, sólo se ven la mesa y el asiento del secretario. Bajo el solio de damasco rojo, ocupa el puesto del centro el señor Rector, con hoga, beca y bonete de doctor, teniendo a la derecha al señor Secretario del Ministerio de Instrucción Pública y a uno de los señores Consiliarios, y al señor Vicerrector a la izquierda.

Abrese la sesión con el *Ave María* prescrita por las Constituciones para principiar cada acto del Colegio; saludo reverente a la verdadera directora y patrona del claustro tres veces centenario. Después de leerse el acta del claustro pleno anterior, y los documentos relativos a la elección de nuevos colegiales, el señor Rector co-

misiona a tres de los doctores para que conduzcan del salón de estudio al aula a los candidatos. Uno de los designados es don Miguel Vargas, J. D., antiguo secretario del Colegio, graduado ante él y después, hace medio año, ante la facultad de jurisprudencia de la Universidad de Bruselas. Cuando entran los electos, todos los concurrentes, inclusive el Rector, se levantan. Es el homenaje de respeto y cariño que tributa el claustro a los que en breve serán parte integrante suya.

Se postraron a los pies del solio y uno de ellos leyó en alta voz el símbolo de Nicia, compendio de la verdadera religión, que es la forma sustancial del Colegio, el fundamento de su fecunda grandeza, el secreto de su perpetuidad. Ya en pie, con las manos extendidas hacia el libro de los Evangelicos, prestaron el cuádruplo juramento de profesar la fe católica, obedecer la constitución y leyes de la república, respetar las del Colegio, y enseñar, llegado el caso, la filosofía según la mente del angélico doctor Santo Tomás de Aquino. En seguida el bachiller don Domingo Torres Triana pronunció, a nombre suyo y de sus compañeros, las palabras siguientes :

Señor Rector :

Suave y agradable al corazón es el deber que nos impone la merced que acabáis de hacernos al fijar en nuestros pechos la codiciada insignia que nos acredita colegiales de número de este Colegio Mayor, el honor más alto a que puede aspirar un estudiante colombiano. De ahí que yo, el más desautorizado, haya acogido con gusto la designación que en mí han hecho, para manifestaros nuestro reconocimiento, los estimables compañeros que están a mi lado, resignándose ellos a sellar sus labios en los precisos momentos en que quisieran gritar de júbilo y gratitud. Vieron ellos que siendo yo el menos acreedor al elevado honor con que nos habéis distinguido, también debía reunirse en mí mayor suma de agradecimiento.

Basta recorrer con la mirada los muros de esta Aula llena de gloriosos recuerdos, para comprender cómo la historia de nuestro escudo se remonta a las edades pretéritas, y para ver cómo su objetivo han sido siempre las virtudes heroicas. Nuestros ojos tropie-

zan aquí con las imágenes de varones preclaros por su talento y virtudes, por su amor a Dios y a su patria. Ellos prodigaron las inagotables riquezas de su espíritu, cultivado en el bien y la verdad; ellos nos trajeron, juntamente con la hermosa habla de Castilla, el conocimiento del Dios verdadero; ellos, en fin, al fundar y sostener este Colegio pusieron la primera piedra de nuestra república grande, noble y cristiana. Su obra no es perecedera, porque no fue aconsejada por la codicia y vanidad de los hombres; a ella responde, después de tres siglos de existencia, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y a la obra de éste responden, de un todo, los héroes del pasado, fundadores de nuestra nacionalidad, y de otro, los héroes del porvenir, el brillante núcleo de jóvenes aquí presentes, con su inteligencia pronta a recibir la verdad que brota de vuestras enseñanzas y el corazón abierto a la virtud que mana de vuestros consejos.

Así pues, ya que llevamos la insignia, esa misma insignia gloriosa que llevaron vuestros ilustres predecesores en el Rectorado, justo y natural es que tomemos por guía el fanal poderoso de sus mentes, cuya luz reflejada en vos, señor Rector, llega hasta nosotros; justo es que amemos y defendamos lo que ellos más amaron y defendieron: la fe católica que vos habéis sabido sembrar en nuestras mentes por medio de las sabias doctrinas del Angélico Doctor.

Nuestra querida Bordadita, amada y venerada en estos claustros como Reina y Señora, velará por nuestros propósitos, y este escudo mantendrá vivo el recuerdo de nuestros deberes, y vivo también un gran motivo de gratitud hacia vos.

He dicho.

Luégo cada colegial recibió de mano del padrino elegido por él, la gloriosa insignia del Colegio, el escudo con la cruz blanca y negra de Calatrava; el de los Guzmanes, el que lucieron en su pecho Mutis y Lozano, Caldas y Torres, Girardot y D'Elhúyart. El señor Rector les entregó el diploma de colegial, y terminó dándoles el abrazo de hermano y de padre, entre los aplausos de la comunidad entera.

Los nuevos colegiales ganaron su beca, gracias a sus honrosos precedentes; la conducta pasada abona el comportamiento futuro. Seguros estamos de que Dios y la patria les premiarán el cumplimiento de sus pro-

mesas, y a ninguno tendrán que demandarle la violación de un juramento tan solemne.

UNA ARA VIVIENTE

Empezaba a amanecer y los oblicuos rayos del sol naciente entraban por las pequeñas ventanas de la prisión para saludar regocijados a los confesores de Cristo. Una inmensa alegría llenaba sus corazones en medio de los sufrimientos y penas que los agobiaban, pues iban a celebrar los Santos Misterios, y era aquel día tanto más solemne cuanto que ofrecería el Santo Sacrificio de la Misa el gran Ignacio, discípulo del Apóstol Amado, y debía servir de *ara* en aquel sacrificio el cuerpo de Macario, uno de los confesores que días antes había pasado por los tormentos del ecúleo y tenía todo su cuerpo descoyuntado. Macario, sin poder valerse a causa de lo llagado que estaba, fue colocado por los hermanos sobre unas mantas en el centro de la prisión. Sobre aquel destrozado pecho se colocó un blanco lienzo, y allí, sobre aquella *ara viviente*, el gran San Ignacio de Antioquía celebró la Santa Misa. Macario debía sentirse humillado por tan gran favor, sí : pero inmensamente feliz al ver que la misericordia del Señor no sólo le había dado gracia para confesar la fe, sino que Dios mismo, por medio de la Iglesia, le otorgaba la recompensa inefable de que su mutilado cuerpo sirviese de *ara* para la celebración de los Santos Misterios.

